

ESA HISTORIA QUE NO ACABA...

La historia que no acaba es la angustia, la vida que jamás deseáramos, el encadenamiento uncidos a los otros, la fricción en la herida que no llegó a cerrar. Fatiga... Desaliento.

La historia que no acaba es la daga escondida en los pliegues del alma, el reguero sangriento que nadie ve en nosotros... Es la «hoja desprendida» que dijera el poeta, y que aún danza en el viento.

Un morir cada día y un poco en cada cosa;
la luz trocada en brumas y en espinas la rosa
y agotado el acervo mejor de nuestros años

caer entre lo anónimo y vulgar, sin grandeza,
sin heroísmo nunca, sin arte, sin belleza...
(Una cama y un número y unos rostros extraños).

E. L. TRANSÍ



ESPAÑA Y LA INMACULADA

EN TORNO A UN CENTENARIO

ARDIENTE DEVOCION A LA VIRGEN, DEL CESAR CARLOS V

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA

RISUEÑA y atrayente fué la fiesta de la Purísima, para recordar la vocación inmaculista del Emperador Carlos I de España y V de Alemania, con motivo del 4.º Centenario de su óbito acaecido en nuestra provincia en el famoso monasterio de Yuste, que aparece enclavado entre las frondosidades de La Vera, como una honrosa condecoración, prendida en el pecho de esta noble y heroica Extremadura.

Porque este poderoso César, heredó la más piadosa devoción a la Virgen Purísima de sus gloriosos progenitores, hasta el extremo de que, llegado a España, continuó usando la fórmula de nuestros monarcas — signo devocional que guió la clara estrella de los reyes de España —, concebida en estos sinceros términos: «La bienaventurada Virgen Santa María a quien tenemos por Señora e Abogada en todos nuestros fechos».

Su rendida admiración hacia el Ministerio de la Inmaculada, lindo capullo de las prerrogativas marianas, le hizo figurar como cofrade primero y hermano mayor de la Cofradía fundada, nada menos que por el Cardenal Cisneros en Toledo, en honor de la Purísima Concepción, recabando después del Pontífice Adriano VI la gracia de elevarla al rango de archicofradía, adornada de numerosos privilegios: Sus estatutos, aparecen autorizados con la real firma del César.

El insigne historiador Fray Francisco de Torres, recuerda, que, «el invictísimo Emperador, mandó dar y dió favores que de su Cesárea Majestad se esperaban para que esta gloriosa Virgen fuese servida y su fiesta de la Santa Concepción fuese celebrada, como en su corte imperial se celebra». Y además, afirma, que Carlos V, «exhortaba a los Prelados a que promoviesen la devoción a la Inmaculada y propagaran su cofradía».

El propósito de Carlos V, era extender como aurora radiante de luz celestial a todos sus vastos dominios, esta fúlgida devoción a María Inmaculada, pues según el propio César, «quien triunfó del demonio mejor triunfaría de los enemigos del Rey». Carlos V, como